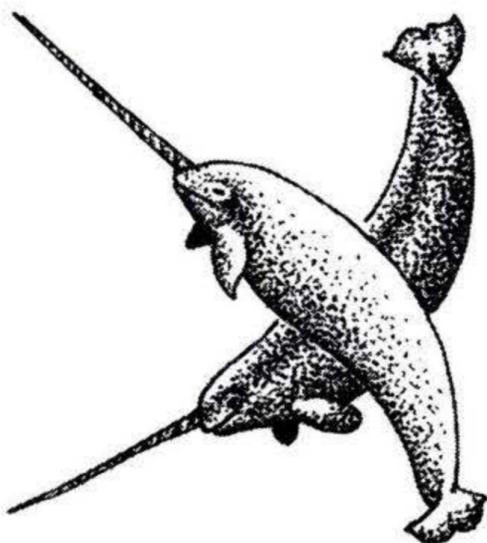


Jaramillo Uribe se encargó de advertir que hacían falta estudios “sobre lo que podríamos llamar la cultura popular”. Pues bien: estos diccionarios contribuyen, con sus vacíos, desvíos o excesos, a encontrarle asidero al estudio de un objeto tan difuso como es la cultura popular.

La necesidad de esos estudios no reivindica el narcisismo regional, sino la importancia de partir desde preocupaciones más concretas. Lo más dañino, por ejemplo, para los estudios historiográficos, es el afán generalizador sin partir del acumulado de estudios de realidades específicas. Tal vez haya sido el poco rigor de muchos trabajos el que desalentó los estudios regionales en cualquier aspecto, pero siguen siendo las culturas locales de este país tan diverso una de las principales vetas para la formación de nuevos investigadores.



Estos trabajos recuerdan a los estudios de las ciencias sociales prioridades que no deben olvidarse y que suelen morir en los supuestos refinamientos culturales del academicismo universitario. Con desgraciada frecuencia encuentra uno en los centros de “alta cultura” cierto desprecio por establecer lo popular y lo regional como categorías trascendentes para cualquier tipo de análisis. Parten muchos profesores universitarios de la implícita o explícita separación entre una cultura compleja y refinada de las elites y aquella incoherente y elemental cultura del pueblo que no merece un ensayo sesudo del crítico de arte o del comentarista musical o del aséptico analista de la literatura. Una clase, por ejemplo, de historia del arte colombiano contemporáneo

no se sale con frecuencia del canon impuesto por los hitos de los “grandes artistas nacionales”, aunque siempre habrá que pasar por el nacionalismo de los artistas del grupo Bachué que quisieron tener alguna noción de patria representando el “corazón de la gleba”.

Quienes somos víctimas, verdugos o reproductores inconscientes de la idea según la cual la vida cultural de la nación se concentra en Santafé de Bogotá, como si la capital colombiana fuese un centro cosmopolita y no una parroquia más de un país secularmente provinciano, debemos estimar en toda su dimensión estos aportes recientes patrocinados por la editorial de la Universidad de Antioquia.

GILBERTO LOAIZA CANO

Según monseñor Builes, al que leyera El Tiempo se lo llevaba el diablo

Manual de redacción

El Tiempo

Santafé de Bogotá, 1995, 278 págs.

Dado el alcance de su origen, se ocupa esta reseña de la tercera edición del *Manual de redacción* de El Tiempo de Bogotá, que con el *Manual de estilo gráfico* constituyen las principales guías para sus periodistas en el ejercicio de la profesión. El manual contiene reglamentaciones internas que una empresa privada se da a sí misma para su funcionamiento, y trasciende al público como información especializada por voluntad de sus editores. En efecto, su publicación ofrece también utilidad didáctica para otros medios, estudiantes de periodismo y demás personas interesadas en el tema.

Manuales hay para todo en todas partes, pero los manuales de redacción de los grandes diarios interesan a sus lectores no sólo por curiosidad, sino también porque contienen información actualizada y enseñanzas oportunas,

concretas y concisas sobre aspectos del lenguaje común, además de que permiten adivinar la enredada trama de un medio tan endiablado que sus directores se asombran cada día —a pesar de la técnica— de ver salir a la calle lo que en algún momento, pocas horas antes, les hacía dar puñetazos y patadas a las rotativas.



La descripción del contenido, como sería de rigor, implicaría un repaso por el índice general. En atención al lector, se ofrece una idea abreviada mediante los temas por capítulos: Los principios. Normas periodísticas. Normas sobre el idioma. Signos ortográficos y tipografía. La titulación. Las fotografías. La defensa del lector. Y nueve apéndices de consulta práctica: Consejos y advertencias. Diccionario de siglas y acrónimos. Abreviaturas. Países, capitales y gentilicios. Topónimos extranjeros y países y ciudades que han cambiado de nombre. Equivalencias de temperatura. Unidades monetarias de los países del mundo. Diccionario de palabras y frases de otros idiomas. Tablas de conversión de pesas y medidas.

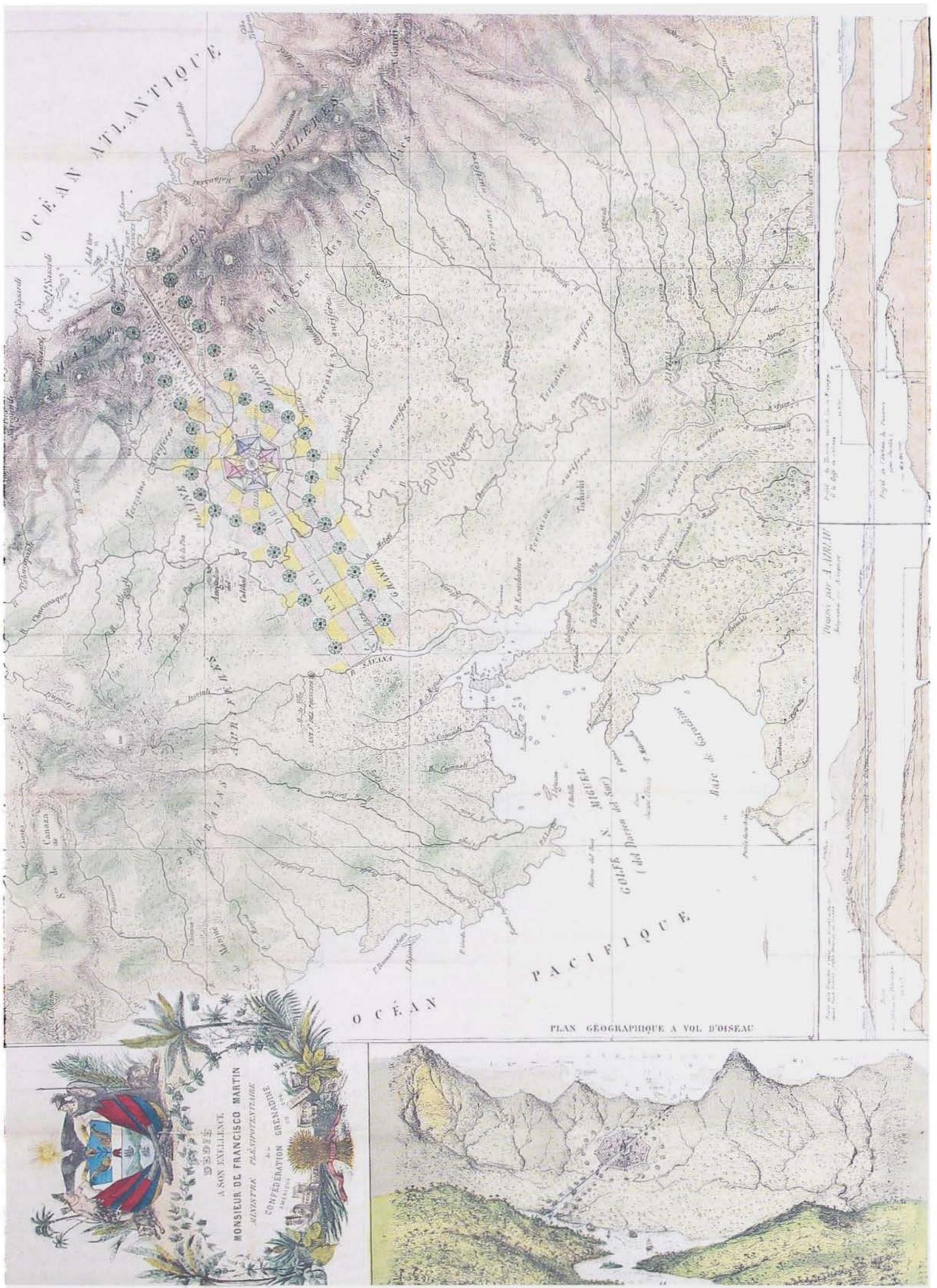
Las normas contenidas en el manual resultan de la adaptación de una larga experiencia a la actualidad y a las nuevas tecnologías que con el propósito de convertir el inglés en lengua universal afectan la estructura de los demás idiomas.

El capítulo referente a los Principios es la fachada ética que las grandes empresas conservan como herencia de sus fundadores.

Las puntillosas instrucciones a sus empleados, aunque publicadas con pro-



Mapa 54. Plan Géographique a vol D'oiseau de la ville, des fermes et du canal interocéanique par L'isthme du Darién, 1860.



Mapa 55. Plan projet ferme coloniale et strategique de canalisation agricole e industrielle commerciale et maritime.

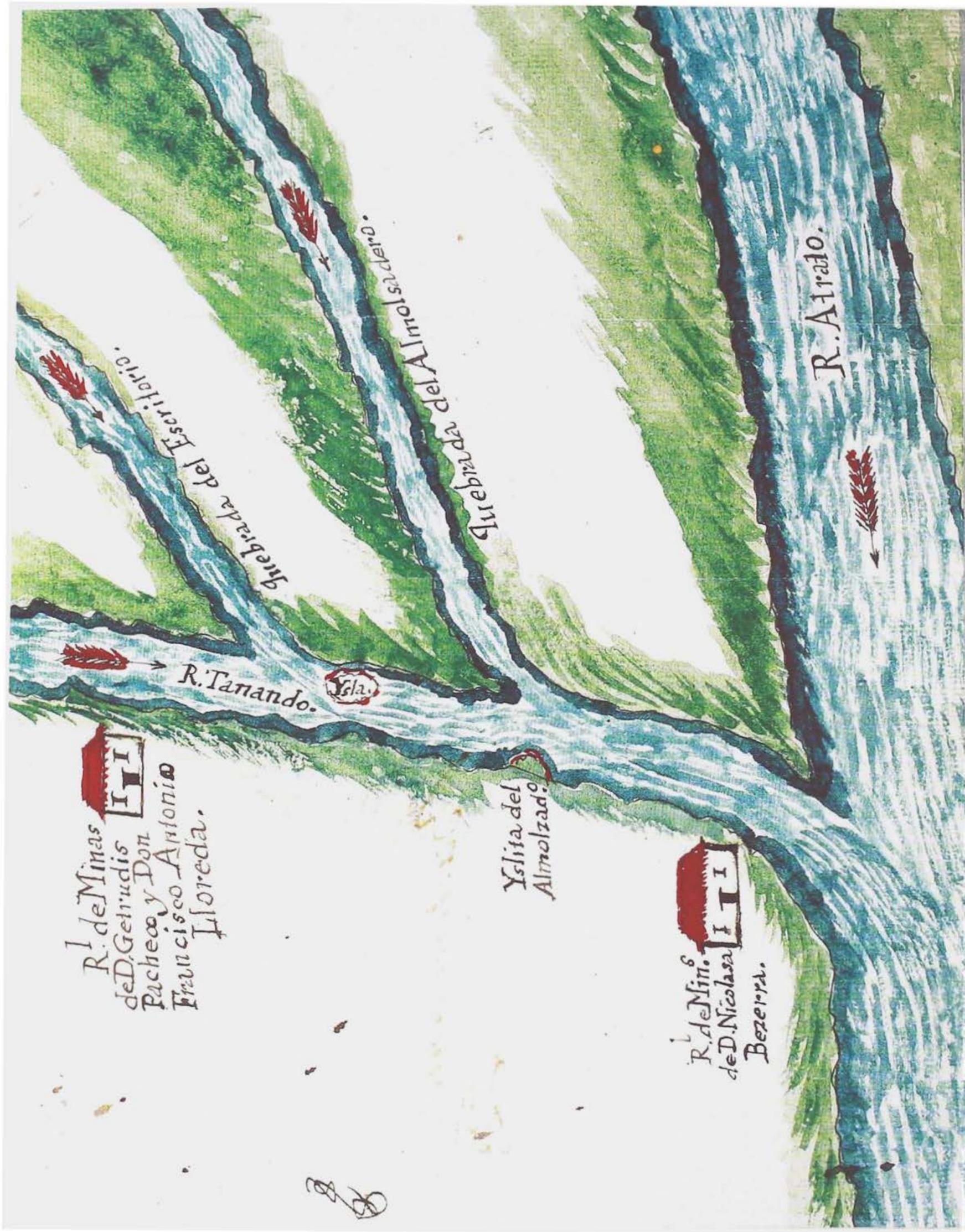


Ilustración 1. "Plano de un pedazo de mina que comprende desde la desembocadura del río Tunando, en el Atrato, a mano izquierda hasta la isla del Almorzadero hasta la quebrada de este nombre", 1807.

pósito ejemplarizante, son de orden administrativo y quedan fuera de una reseña bibliográfica.

El periodismo, como servicio comercial robotizado, combate por lo único que vale la pena combatir en el mundo actual, que es el mercado. Adopta, por lo tanto, estrategias de neutralidad, imparcialidad y tolerancia que generan indiferencia en pueblos que no piensan porque lo consideran inútil y han delegado esa función en los poderes.

Todos los manuales pretenden la máxima eficacia dentro de su relativa funcionalidad. Aunque su composición extreme los cuidados, la imposible perfección siempre es esquiva: la encuadernación deja escapar las hojas, algo no queda claro, subsisten las dudas, una norma resulta incompleta, los errores son inevitables. Por lo cual los manuales están siempre en permanente actualización.

Las faltas en los diarios se excusan, porque se sabe que son producto de muchas manos apresuradas y la corrección de pruebas se limita a ciertas partes. Paradójicamente, al final, lo sabido: si se aplicaran estrictamente los manuales, no podría salir el periódico.

Es un hecho que El Tiempo de Bogotá supera a los más importantes diarios de Iberoamérica—demasiado apegados a tradiciones— y puede decirse que está a la altura de los mejores del mundo en muchos aspectos. Sin embargo, la modernidad que arrasó con lo que antes se llamaba alma, lo convirtió en producto universal estandarizado en el que escriben desde los nadaístas hasta el padre Alfonso Llano S.J., y en consecuencia no tiene gracia leer El Tiempo, pues con ello no se corre ningún riesgo. Por eso el autor de esta reseña se permite asumir su identidad personal para consagrar un recuerdo emocionado al verdadero Tiempo, el del doctor Eduardo Santos, que era pecado leerlo y el que lo leía se condenaba. El doctor Eduardo Santos y los subsiguientes directores designados por él fueron caballeros ejemplares (lo que algún día habrá de ser reconocido si la patria perdura, este país que se pudre y se desmorona), pero la Iglesia católica, por motivos políticos, había prohibido leer El Tiempo bajo pecado mortal. En esa época sí era bueno leer El Tiempo. Según monseñor Builes, al que leyera

El Tiempo se lo llevaba el diablo, y yo me dejaba llevar únicamente los domingos, porque entre semana tenía que trabajar. Y fue verdad que me llevó el diablo, pues de ahí resultó la manía de escribir. Desde que dejó de ser pecado, ya para qué leer El Tiempo.

El diablo era monseñor.

Corrección a una reseña anterior: En el número 38/95 de este Boletín, pág. 84, col. 3, se dice que la casa familiar de Gonzalo Arango en Andes (Antioquia) fue demolida para construir un edificio. Falso. La casa existe en buen estado de conservación. Fue el propio Gonzalo quien me informara de la demolición de la casa, sea porque a él se lo dijeron, o porque era mitómano y le gustaba crear ese tipo de fantasías a su alrededor.

JAIME JARAMILLO ESCOBAR

Un aporte

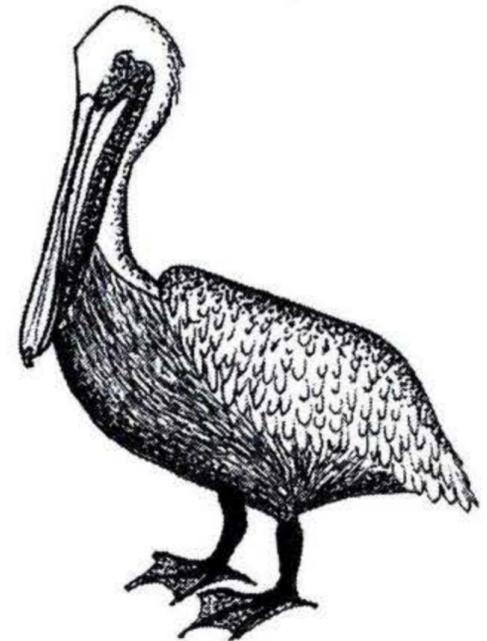
Historia de la pintura y el grabado en Antioquia

Santiago Londoño Vélez

Editorial Universidad de Antioquia, Colección Señas de Identidad, Medellín, 1995, 266 págs.

La historia del arte nacional escrita hasta hoy, según la ve Santiago Londoño, parece haber tenido esta divisa: "arte colombiano es el que sucede en Bogotá". Falacia real o ficticia que la bibliografía colombiana parece confirmar. Ninguno de nuestros escasos historiadores de las artes visuales se ha ocupado hasta ahora de estudiar de modo sistemático los artistas, obras y tendencias que existieron más allá de la sabana durante la época colonial y el siglo XIX. Poco sabemos, si es que sabemos algo, sobre la actividad artística en la inmensa mayoría de las poblaciones del país a lo largo de un período de casi cuatrocientos años, y menos aún sobre la identidad de los pintores de provincia, su aprendizaje, sus condiciones de trabajo, su clientela y el destino incierto de

sus producciones. Que hubo tales artistas y tales obras lo demuestra el libro de Santiago Londoño para el caso de Antioquia, y no hay duda de que una búsqueda juiciosa lo demostraría también para muchos de los centros urbanos del resto de la nación.



El estado de nuestro conocimiento, o valiera mejor decir nuestra ignorancia sobre lo acontecido fuera de la capital, es atribuible a un conjunto de circunstancias que sugieren que no podría haber sido de otra manera. Un hecho obvio es que la historia del arte colombiano, hasta ahora, se ha escrito en su mayor parte en Bogotá y sobre fuentes existentes en Bogotá, y por razones de índole académica y museológica. Bogotá tiene el Archivo Nacional, la Biblioteca Nacional, el Museo Nacional, y durante mucho tiempo tuvo el privilegio exclusivo de la Universidad Nacional. Clara secuela del centralismo que ha dominado la vida política y administrativa del país desde la colonia, ha dado a los historiadores capitalinos la ventaja de poder apreciar el todo, pero también les ha velado la visión de la parte. Es el caso del bosque que no deja ver los árboles.

Queda entonces a los investigadores de provincia un vasto territorio por explorar: el de su pasado estético. Santiago Londoño ha emprendido la fase inicial de esta colonización antioqueña de su propia historia artística con un panorama global que cubre desde el siglo XVI, cuando los españoles fundan los primeros poblados, hasta la década de 1950, donde su libro se detiene. El cri-